

# HAY QUE GRITAR

Cuando en años venideros repese algún español curioso e inteligente la historia de estos días que estamos pasando—historia de turbias profundidades—, llegará a preguntarse si en este final del año 1921 lo que no había era hombres o pueblo; se preguntará si no había hombres para guiar al pueblo y alumbrarle su camino, o si no había pueblo que respondiese a hombre alguno. Y ese curioso español de años venideros se asombrará de que llegue a ser una figura histórica ese ministro de la Guerra, el organizador del desastre, cuyas frases humorísticas (!!!) son la expresión de la más trágica frivolidad. O si se quiere de una frívola fatalidad. Ese Vice-Napoleón de guardarropía, a la husma de su 18 de Brumario, es un símbolo del actual reino de España, sobrecogido de terror y con su miedo trata de amedrentar.

Desde esta soledad civil en que vivo, a distancia del aparente centro de la política del reino, lejos de la corte y del Parlamento, puedo ver lo que está pasando a luz y lo que vislumbro que pasa en lo oscuro, como si lo viera desde el porvenir. Hágaseme el presente como pasado.

¡La penuria de hombres! Y a falta de ellos hacen su juego los muñecos; hace, sobre todo, su juego el muñeco. Quiero decir el tentetieso, el dominguillo. Cuando sopla el vendaval parece inclinarse, prosternarse; pero luego se yergue. Al llegar la mala se abate, llora, suplica, sugiere que se enmendará, parece entregarse; pero vuelve luego a las andadas, conspira contra los que eligió tutores y recae en sus disparatados ensueños de megalomanía teatral. Y un cotarrillo de alegres compadritos está jugando con un pueblo. Con un pueblo que se desangra y se arruina.

Allá en las inhóspitas costas de Marruecos, una buena parte de la juventud del pueblo de España está enfermando del alma, se está emponzoñando el corazón. Mientras aquí les reputan de héroes los jugadores de la partida política—y no otra cosa—, ellos, los pobres peones de carne y hueso y sangre, los peones del tablero, están aprendiendo la más triste ciencia. ¡Hay que leer sus cartas! Y luego, cuando se haya acabado la campaña—¡Dios sabe cómo!—se hará una fiesta solemnisima al soldado desconocido. Y se entonarán himnos a Juan Pueblo. O a Juan Soldado. O a Juan Lanas, que todo es uno.

Juan Lanas es carne de cañón o de fusil. Y aun hay quien ha dicho—dicen— que es carne de gallina... ¡Sí, para los que se la comen! ¡Gallina... gallina...! ¡Y tan gallina, pues que soporta a quienes soporta! Pero... ¡y qué va a hacer? No cree en los hombres, no cree en nada. Aquéllo que se dijo de que sufre, cree y espera no es así; no sufre, cree y espera, sino que aguanta, no cree y desespéra. Y caen sobre él—aunque otra cosa pareciera—las feroces bromas del secretario de la Guerra, de ese vesánico servidor de la frívola Fatalidad, de la fatal Frivolidad hoy reinante en España.

Estremece de congoja el corazón al leer en los diarios de la corte las frases icónicas que ese Mercurio del Hado del Reino coloca de cuando en cuando a los reporteros políticos o suelta en los debates parlamentarios. Llevan casi todas ellas un sello inconfundible. Palpita en

su fondo el terror de una conciencia que no está en paz consigo misma. Suelen ser frases terriblemente grotescas, aunque no más que las del otro. Las del otro manan pus y sangraza.

¡Y habría que oírle cuando a solas, en el cotarrillo de los compadritos del alto tono, comenta las tragedias oscuras y silenciosas del pueblo! Habría que oírle cuando después de encarecer alguna nueva conquista de carne humana de alquiler—pues ahora le da por ahí al muy conquistador—comente la otra conquista, la de la carne de gallina del pueblo.

¿El pueblo? Pero ¿dónde demonios está el pueblo? Una parte de él sublevándose en el «cine» o en la plaza de toros porque no le dan el espectáculo que busca; otra parte discutiendo si ha de entrar en la Segunda o en la Tercera; otros que si se ha de votar o no, y no pocos malándose entre el «Único» y el «Libre». ¡Ah!, y repitiendo unas cuantas majaderías contra la democracia que les ha enseñado Mefistófeles.

¿Pueblo, eh? ¡Pueblo! ¡Eso no es pueblo!

Aquí, en mi soledad civil, recibo cartas de desengañados, de desesperados, pero también de algunos que aun esperan. ¿Qué? Ni ellos lo saben. Y da pena leer lo que le preguntan a uno. Que se reduce a esto: «¿Qué vamos a hacer?» ¿Qué? Pues es bien claro: ¡Gritar! Gritar como grito yo y lo que yo grito. Buscar un grito y repetirlo.

Pero ¿es que basta un grito? Muchas veces sí. Un grito puede llegar a ser como el son de las trompetas de los sitiadores de Jericó. Hay murallas que caen a los gritos. Las murallas de la frívola Fatalidad hoy reinante en España son de esas.

En cualquier ocasión, con cualquier achaque, el grito, el grito, el grito. Es una forma plebiscitaria.

¡Hay que gritar!

Allá, el 1.º de octubre, unos bravos estudiantes supieron en la corte silbar a tiempo y a lugar. El hecho se calló, pero no importa. Hay que gritar.

Miguel DE UNAMUNO

